

El niño en los libros-álbum de Isol *Flavia M. J. Krause* (FFyL, UBA/ Colegio de Todos los Santos)

Me propongo analizar la figura del niño a partir de algunos personajes infantiles en la literatura de Isol. Esta escritora percibe a los niños de una manera determinada cuando los piensa como lectores, como personajes, cuando piensa en la infancia.

Sus libros, los que ella escribe además de ilustrar, todos tienen al niño como protagonista y no solamente esto sino que además la focalización está puesta en él.

En este trabajo he seleccionado los libros de ella, en los que ese niño en el que se hace foco, interactúa y sobre todo cuestiona a un adulto que en este caso en particular, siempre es la madre. Esta elección se explica con mi propósito de estudiar cómo se construye la figura del niño en oposición a la del adulto.

Recientemente, en una entrevista que le hicieron a Isol, publicada en *La Nación*, ella respondía a una pregunta de la siguiente manera:

-¿Existe cierto prejuicio hacia la literatura infantil?

(Isol) -Está claro que un chico se puede divertir con la tapa de un frasco vacío o mirando una hormiguita durante una hora. Pero justamente cuando el objeto que le ofrecemos para jugar es el producto de una construcción y una mirada hecha por un adulto, [el libro] tendría que tener por lo menos un poco más de personalidad y creación. Creo que lo que pasa es que muchos artistas, escritores y dibujantes talentosos empezaron a hacer libros de imágenes, y no trajeron

consigo el prejuicio de "lo que es para niños no es para adultos". **Ese cambio** se nota, y también aparece una nueva generación de padres que disfruta ese aire nuevo. Lo que noto es que, como me pasa a mí, hay otros autores que también dicen que no hacen libros que no leerían ellos mismos. Mi criterio es mi herramienta principal. Claro que pienso que esto pueda ser compartido con un niño, **pero tampoco un niño es un marciano, tan diferente de mí**. La mirada del niño es creadora; en ese aspecto, **podemos disfrutar juntos de miles de cosas.**" (subrayado mío)⁷

¿A qué se refiere Isol cuando habla de cambios? ¿Cambios con respecto a qué? Seguramente se refiere a la concepción de niño como receptáculo de proyectos de los adultos para preservar los valores éticos y morales. Esta figuración es la que ha ido cambiando, esa idea paternalista del niño como ser desprotegido, inconcluso que tiene que aprender y ser guiado hacia esa idea de niño completo que tiene el adulto, los mayores.

Cuando Díaz Rönnner⁸ hace un "brevisimo y necesario apunte histórico", señala entre otras cosas que "ningún texto infantil ha de salvarse, en primer término, de esa modelización pedagógica, ética y moral..." que ha impregnado toda la literatura pensada para los niños desde su surgimiento. De alguna manera está señalando el estigma fuerte de una literatura que ha sido pensada para enseñar valores y ha impregnado la literatura infantil y aún, en muchos casos, lo sigue haciendo.

Destaco aquel novedoso artículo de Larrosa en el que la visión del niño dista tanto de la anterior, que comienza diciendo que: "los niños, (son) esos seres extraños de los que nada se sabe, esos seres salvajes que no entienden nuestra lengua".⁹

Los "seres extraños" de Larrosa no son los niños incompletos que los adultos deben ayudar a completar sino que

son ese:

(...) otro porque es siempre otra cosa que la materialización de un proyecto, la satisfacción de una necesidad, el cumplimiento de un deseo, el colmo de una carencia o la reparación de una pérdida. Es otro en tanto que otro, no a partir de lo que nosotros ponemos en él. Es otro porque siempre es otra cosa que lo que podemos anticipar, porque siempre está más allá de lo que sabemos o de lo que queremos o de lo que esperamos. Desde este punto de vista, un niño es algo absolutamente nuevo que disuelve la solidez de nuestro mundo y suspende la certeza que nosotros tenemos de nosotros mismos.¹⁰

¿Existen vínculos entre esos niños como “seres extraños” de Larrosa, “absolutamente nuevos” y aquellos otros que “no son marcianos” de Isol, que no son tan diferentes a nosotros?

En principio, parecería que los niños no le son ajenos o extraños a esta autora. ¿Cómo son esos niños de y para Isol?

Vida de perros:

Citando otro trabajo mío sobre este libro, quisiera recuperar un fragmento de ese análisis acerca de un niño que pregunta a su madre:

“Madre, ¿cómo sabes que NO soy un perro?”. El niño cuestiona a la madre acerca de su saber, de su fuente de convicción, frente a la posibilidad de que él no sea un perro, cuestión que, en la visión infantil, es algo que “de vez en cuando debo preguntarle a mi mamá. Este niño de Isol pregunta diferente, no da por sentado que él no es un perro. Consulta, en cambio, los motivos que tiene su madre para saber que él no es un perro. Así, interpela a la madre, le pide que le refuercen el NO. Le pide el límite y la madre, que le responde mencionando

todas aquellas cosas que hacen los perros, implica que esas cosas son las que el niño no hace. Y justamente, ese es el problema: sabemos que esas cosas son precisamente las que el niño hace con su perro, esas cosas son las que naturalmente todos los niños hacen. El NO entonces, queda desdibujado, absurdo, se trastoca en un SI, porque el argumento completo de la madre se revierte en su contra: en la mente infantil el argumento toma la forma de un “tú no eres perro, porque los perros hacen x; yo hago x como mi perro; por lo tanto, yo y mi perro somos indiscernibles: yo soy perro”. En la pregunta, sobresale la palabra NO, con mayúsculas. Y como esa búsqueda del límite, del NO, no es satisfecha, el niño sigue sin comprender y aquella pregunta tiene que repetirse con frecuencia, “de vez en cuando”: “*De vez en cuando debo preguntarle a mi mamá: (...)*” (subrayado mío).

El niño de este libro indudablemente no entiende al adulto, a la madre, y aquí entonces, como señala Larrosa, es uno de esos seres extraños que no entiende nuestra lengua. Señalaba además, en mi análisis, que el niño de *Vida de perros* no tenía nombre, era un genérico, al igual que la madre y que esto permitía suponer que esa pareja estaría representando a todas las madres con sus hijos y, a su vez, a cualquier adulto que se relaciona con la infancia.

A ese niño se le plantea un enigma, no entiende y la madre, en su rol de adulto intenta explicarle. La lógica de ambos no coincide y de allí que vuelva a preguntar una y mil veces al no quedar satisfecho.

Esta misma circularidad que implica seguir preguntando es lo que lleva a no quedarse con las seguridades quietas y seguir jugando y creando, porque lo que existe no lo deja tranquilo al niño. Sostengo que esta posibilidad, la curiosidad, la tienen los niños en forma natural e inevitable.

Decíamos que los adultos creían (algunos actualmente siguen creyéndolo) que los niños son receptáculos vacíos. El

niño, como persona, era incompleto, vacío y espera respuestas. Este niño creado por Isol, en cambio, dista mucho de aquel pensado como pasivo y puramente receptor cuando interpela a la madre, no la entiende y sigue preguntando hasta el absurdo demostrando que no le alcanza.

Por otro lado, deja a la madre, al adulto, del otro lado, encerrada en la casa rodeada de sus círculos de valores morales, de pulcritud y conductas correctas, que fueron los que intentaron atraparlo (en las imágenes, los círculos están en la casa, la ropa de la madre, etc.). El niño se escapa de ellos para seguir su propia lógica y salir a jugar.

Es la autora y dibujante que crea el libro, otra adulta, que estaría dando lugar a ese nuevo niño inquieto y en constante interrogación. Isol lo imagina cuando lo dibuja y lo recrea y cuando lo piensa como destinatario de su obra.

Además, el procedimiento de focalización de la historia en el niño, hace que el relato se cuente desde un foco infantil, dándole al niño el lugar predominante y resaltando su mirada. De esta manera, no solo se estaría sacando los prejuicios con respecto a los niños, como ella misma afirma, sino que se estaría metiendo en los zapatos del él y mirando todo desde abajo, corriéndose ella misma de su posición de adulta.

El globo:

Este libro de Isol suele inquietar al adulto. ¿Es para chicos me han preguntado alguna vez? No sé – respondo, pero a ellos les gusta y a los grandes también, agrego.

¿Cómo no inquietaría a una madre el relato que “fantásticamente” hace realidad el deseo de una niña que se hace realidad cuando su mamá se transforma en un globo rojo, hermoso y calladito? “La verdad es que mamá gritaba mucho” – aclara la niña Camila. Y claro, es que estos seres extraños para Larrosa también eran salvajes, decía el autor. Nosotros, en

cambio, como adultos, nunca deseáramos la transformación de nuestro jefe en un globo calladito.

La autora adulta, en realidad, que imagina a esa niña, se estaría poniendo a la par del niño y desde allí, desde la infancia, se daría permiso para dar curso a la fantasía. Quizás porque el niño, a diferencia del adulto, tiene muchos menos impedimentos para dar curso a su imaginación, no se cuestionará si está bien o está mal que su madre deje de ser una persona. Cuando jugamos con un niño, cuando participamos de cualquier juego, nos internamos en otro lugar, ocupamos otro rol que el habitual. Pero para verdaderamente jugar con ellos, es preciso agacharse, ser como un niño.

El otro adulto, el personaje madre de ambos libros, si bien queda en desventaja cuando se maneja con lógicas incomprendibles o es el que se transforma en un objeto inanimado y hasta ridiculizado, también está acompañando a ese niño y funciona como posibilitador de la fantasía.

Retomando la referencia al niño salvaje de Larrosa, recuerdo el famoso libro de Sendak: *Donde viven los monstruos* y todo lo que se ha perdido en la traducción. *Where de wild thing are*, es el monstruo pero, más precisamente es “esa cosa salvaje” que tenemos dentro, que buscamos, anhelamos y es esa libertad para dejar que lo monstruoso por desconocido, lo casi inconciente, el niño desconocido, tenga un lugar tan cercano, esté en nuestro interior.

El niño calladito, que está esperando respuestas a las preguntas, a lo que no sabe, no es tal ya que se transforma en monstruo, es ese “otro” que mencionaba Larrosa, ese otro salvaje que nos interpela a nosotros, como adultos seguros y alejados de aquellos monstruos.

Algunos solemos decir: “ese niño es un monstruito”, cuando nos asombra, nos deslumbra, nos parece extraño algún comportamiento o frase. Ese otro es un extraño pero a la vez nos atrae y buscamos acercarnos a ellos, conocerlo, porque es el

niño cercano que vive con y en nosotros.

Hay un niño-monstruo de Isol que nació este año y se llama: Petit.

Petit, el monstruo:

¿Conocés a Petit? dice la primera página que muestra al niño-protagonista. Petit es otro niño más de la galería de Isol, con nombre propio. Este niño, también habla con su madre como en *Vida de perros* pero no es un genérico sin nombre propio. Aunque podríamos discutir si ese nombre, Petit, que significa niño pequeño, no es pensado otra vez como cualquier niño.

Este niño, a diferencia del niño del perrito Clovis que le pregunta a su mamá, le comunica sus deducciones con una afirmación problemática: “-Debo ser una especie de niño bueno-malo, tal vez. ¡No hay otra explicación!”

Petit está preocupado porque algunas veces es bueno y otras no, porque en ciertas oportunidades quiere ser bueno y le sale mal, porque hace cosas desagradables y sin embargo no parecen del todo malas, porque no sabe cuando sus cuentos son mentiras malas y cuando son relatos buenos. La madre le dice: “mmm, entiendo...” Y ni Petit ni nosotros entendemos qué es lo que esa madre entendió cuando de todas maneras le pone una penitencia y lo manda a la cama sin postre.

“-¿Seré una especie de monstruo inclasificable?” – se pregunta Petit. El niño está preocupado, no sabe:

“¡Y es que es difícil verlo claro! Porque Petit es malo cuando cuenta mentiras y bueno inventando cuentos.” Las mentiras son cuentos y los cuentos son mentiras. ¿Son buenos o malos los cuentos? Entonces, ¿ser bueno es no saber contar cuentos?

Un problema filosófico que suponemos preocupa más propiamente a un adulto que a un pequeño. Hay que añadir,

además, que nuevamente no es la madre la que deja claro qué está bien y qué no, y ni siquiera es la que lo incita a que se lo pregunte él mismo.

Me inquietó, además, esa primera pregunta: “¿Conoces a Petit?” ¿A quién le pregunta? ¿Al lector niño, al adulto, a sí mismo?

Petit, el pequeñín, se pone en un mismo plano con el adulto: se interpela, discute con él mismo, reflexiona como un adulto. Y se queda con dudas y la madre también:

(...) mmm, entiendo...” dice la madre cuando queda claro que no ha entendido nada. Tanto la madre como él mismo son un otro indescifrable.

En el final del cuento queda claro que ambos van juntos, se emparejan:

“Mamá es buena porque entiende y mala por dejarme sin postre.

¿Será que viene de familia?

Secretos de familia:

Ella, la pequeña protagonista de esta historia, no nos dice su nombre aunque conocemos su apellido al final: Espinoza. Un día, la niñita descubre a su mamá todavía sin peinar. Es un puercoespín - dice, es una madre extraña, diferente a cualquiera porque su pelo parece incontrolable. Supone que esta fatalidad le ocurre solamente a su madre y luego a ella misma por pertenecer a esa familia. Es entonces cuando, buscando algo de normalidad, deja un rato lo extraño, lo raro y visita a otra familia distinta. Descubre que esta extrañeza también ocurre en aquella otra familia y puede inferir que ocurre en todas.

En el final escuchamos a ambas, madre e hija: “- Ay, hijita, qué rara eres -dice mamá. -No tanto, mami, no tanto -

digo yo.”

La niña le explica a la madre y a la vez se habla a sí misma. Conversan en un plano de igualdad en el que hasta parece que es la niña la que le enseña a su madre.

Esta niña, otra vez sin nombre, supone que es extraña, ella y su familia. Cree que su madre, lo más cercano y tranquilizador, es rara. Luego confirma que no es así, que ella y su familia viven las mismas cosas que los demás.

Otra vez, no es la madre la que le enseña sino que esta niña inquieta, que se traslada de casa para observar e indagar, termina comprendiendo por sí misma.

Me pregunto entonces ¿estos niños de Isol, que representan a todos los niños, que fueron creados como personajes creados para los libros para niños, son tan raros?

Para empezar, no son únicos, son como cualquier niño que juega con su perro, que tiene una madre gritona, que descubre la intimidad de su madre una mañana cualquiera, que no sabe si es bueno o malo.

Esos seres extraños, salvajes, que no entienden nuestra lengua ¿Son muy diferentes de los adultos? Quizás somos nosotros también, los adultos, los que estamos empezando a ver que no somos tan diferentes de los niños, o por lo menos, no tanto. Somos nosotros también un otro para ellos, los niños, que no buscan en los adultos las respuestas, las soluciones. Ni unos ni otros somos extraños o raros porque hasta nosotros, los mayores, podemos compartir la búsqueda de no conformidad con el mundo actual y fantasear si nos permitimos salir de ese lugar en lo alto para mirar desde abajo con ojos de niño.

Notas:

7- Entrevista a Isol publicada en La Nación el domingo 8 de agosto de 2010:

http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1292428
consultado el 21 de septiembre de 2010.

8- Díaz Ronner, M., “Literatura infantil: de menor a mayor”. En: Historia crítica de la literatura argentina (dirigida por Noé Jitrik), Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, p. 514.

9- Larrosa, J., “El enigma de la infancia. O lo que va de lo imposible a lo verdadero.”. En: *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. Buenos Aires, Novedades educativas, 2000, p. 169.

10- Op. cit

Bibliografía:

Díaz Rönner, M. (2007) “Literatura infantil: de menor a mayor”. En: *Historia crítica de la literatura argentina* (dirigida por Noé Jitrik), Buenos Aires, Emecé Editores.

Isol. (2010) *Petit, el monstruo*, Santiago, Ocho Libros.

____ (2003) *Secretos de familia*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

____ (2002) *El globo*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

____ (2001) *Vida de perros*, (1997) México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Larrosa, J. (2000) “El enigma de la infancia. O lo que va de lo imposible a lo verdadero.”. En: *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. Buenos Aires, Novedades educativas.